

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación mensual de los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas
Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

SUMARIO

De Chipre a Bernard Shaw.....	<i>Eugenio Frutos.</i>
Justicia y nobleza obligan.....	<i>La Redacción.</i>
Del pasado próximo cacereño: El Minué (1903).....	<i>Miguel Muñoz de San Pedro.</i>
Ideario extremeño.....	<i>Juan Pablo Forner.</i>
Paisaje del epílogo.....	<i>Celso Galván.</i>
Teoría de Zurbarán.....	<i>José de Hinjos.</i>
Romance del hilandero.....	<i>Fernando Bravo.</i>
Estudio de obras urgentes de conservación en las ciudades de Plasencia y Trujillo.....	<i>José Manuel González Valcárcel.</i>
Himno a la encina.....	<i>Francisco Rodríguez Perera.</i>
¡¡Guionista de películas!! (Cuento).....	<i>Antonio Reyes Huertas.</i>
Siluetas modernistas.....	<i>Francisco Belmonte.</i>
Llamas de capuchina.....	<i>José Canal.</i>
Los toros y el carácter español.....	<i>Antonio Zoido Díaz.</i>
Retablillo del Niño Jesús.....	<i>Rafael González Castell.</i>
Critica sin hiel.....	<i>Un aprendiz de hablista.</i>
El puente de Alcántara, asombro del abismo y del paisaje.....	<i>José A. Sáenz de Buruaga.</i>
Sombras alegres.....	<i>Eugenio Payo.</i>
A Manuel Monterrey.....	<i>Manuel Pacheco.</i>
José López Prudencio: Un recuerdo y tres sonetos.....	<i>Eloy Soriano.</i>
Divagaciones de un lector con sueño en torno a «Los sexos, el amor y la historia», de Pedro Caba.....	<i>Cástulo Carrasco.</i>
Páginas femeninas: Los Reyes de Luisín (Cuento).....	<i>María Reaño.</i>
Romance de los celos.....	<i>Eladia Montesino.</i>
Siluetas extremeñas de Zurbarán.....	<i>Antonio Manzano Gariás.</i>
Peregrino.....	<i>Jesús Delgado Valhondo.</i>
De la pequeña historia: Nacimiento de la revista ALCANTARA.....	<i>«Efebe».</i>
Grabados de la Machorra de la Muerte.....	<i>Antonio Mena Ojea.</i>
Mirador: Crónica.....	<i>Curio O'Xillo.</i>
Al margen de los libros.....	<i>Pedro Romero Mendoza.</i>
Bibliografía.....	<i>P. R. M.</i>
Láminas.....	<i>Caricatura de Burgos Capdevielle y fotos de Más, Javier, Alvarez y Garrorena.</i>



ALCANTARA



AÑO V

31 DICIEMBRE 1949

NÚM. 26

DE CHIPRE A BERNARD SHAW

CUANDO las canciones y las leyendas estaban dotadas de vida y «de la oscuridad del poeta pasaban a las voces y eran llevadas en ellas como en esquifes de plata, sin temor, hacia lo desconocido», como canta Rilke, nació en Chipre, la del vino rojo y las frescas rosas, la leyenda de Pígmalión. Nació de la espuma del sol sobre los mármoles, como Venus, allí mismo, había nacido de la espuma del mar.

Andando los siglos, en costas brumosas, donde los mármoles no ríen bajo el velo de las nieblas, la leyenda se reprodujo, mas no en el coro de voces legendarias, sino en la individual y metálica de un dramaturgo. Se reprodujo como un colibrí de abigarrado plumaje podría tener, en las costas árticas, un polluelo color nieve. En los irónicos ojos gaélicos de Bernard Shaw había un poso de miel de caridad suficiente para la piedad y la ternura que su obra trasmana. No sabemos qué día cayó esa mirada sobre el cuerpo palpitante, cubierto de harapos y suciedad, y sobre un alma de grandes posibilidades, como se dice socialmente, enterrada bajo malos hábitos, pero capaz de ser esculpida a la inglesa. Los ojos irónicos del celta buscaron al escultor.

Si el orgullo de la aristocracia inglesa se refuerza con el orgullo del intelectual y del artista, uno piensa que apenas quedará resquicio, en esta níquelada armadura, para que salga afuera el calor del sentimiento. La mirada irónica se complace en buscar los puntos vulnerables, los caminos escondidos por donde broten blandos, indefensos, los afectos más vulgares. Hay una complacencia de socialista en acusar los puntos comunes entre la muchacha del arroyo y el profesor, alcanzándose la humanización en el plano de los sentimientos más elementales.

En el mito clásico, la estatua es elevada de lo inerte a lo vivo, en continua vía de ascenso. Y esta elevación suprema no podría lograrse sin el concurso divino. Pígmalión no crea más que formas materiales, y es por la gracia de los dioses que una forma substancial surge. No hay otro camino ni otro poder que lo pueda. La estatua se hace mujer alcanzando de una vez el rango social de su esposo, que la mente griega no podía concebir desarmonía entre el cuerpo perfecto y el alma que lo animara.

En el mito moderno, después del camino espiritual recorrido por la humanidad con el cristianismo, no podría tratarse de esculpir un cuerpo hermoso, porque la esencia de lo bello caía más allá. Debía tratarse más bien de esculpir un alma. Bernad Shaw ha visto esto muy claro, pero ¿es un alma espiritualmente bella lo que su escultor esculpe? ¿Qué le falta a aquella bestezuela salvaje de la florista para llegar a ser una mujer *com'il faut*? porque de esto se trata. No es preciso que esta alma primitiva se empape de religiosidad, de dignidad, de saber. Basta con que se refine. Lo que el profesor Higgins esculpe es un «yo social», en el sentido psicológico que le ha dado Lindworsky. En la florista encuentra la gran dama, la que podrá ser tomada por una princesa húngara. Y el buril con que talla el bloque de granito de su zafiedad es el lenguaje. Ciertamente que, al pulir el lenguaje, vienen por este camino a refinarse los sentimientos, a levantarse los deseos, a tener un gusto más fino y más seguro, a crecer la ilustración. La palabra es vía de ascenso, y esto lo sabe bien el paradójico irlandés, como lo sabía nuestro paradójico Unamuno. Pero mientras éste era un hombre «entrañable» y procuraba «desentrañar» las palabras hasta su raíz, de modo que tocaba en ellas lo trascendente, un profesor de fonética se queda en la corteza de su perfección formal. Si con ello aumenta el saber, es porque crece la ilustración, no la sabiduría. Si la moral se eleva, es porque a la sensibilidad repugnan ciertos hábitos, no por una profunda comprensión del sentimiento y de la virtud. Si la obra de arte entra en el círculo de los intereses personales, lo es al mismo título que la cortesía o la delicadeza social, no por una aurora en el alma de los valores estéticos. Si la religiosidad puede ser el matiz más exquisito de un espíritu refinado, rara vez la fe robusta prenderá en una tierra tan deleznable y de suelo tan delgado. Por todas partes tropezaremos con el sentimiento como punto de referencia, como meollo de la vida. Todavía es esto romanticismo. Pero romanticismo sociólogo, donde la auténtica pasión personal, el individualismo romántico, rebelde y atormentado, ha sido sustituido por la sensibilidad para la vida social, utilitarista y reglamentada.

La transformación del mito ha sido verdaderamente profunda e indiscutiblemente moderna, de modo que bien puede hablarse de una creación original. No así Grau, en «El Señor de Pígmalión». Pretendió conseguir modernidad, transformando la estatua en una muñeca mecánica, inverosímilmente perfecta, olvidando que un tornillo no es moderno por ser tornillo, sino por el sentido que el hombre le da. Grau no hace más que repetir el viejo mito con accidentes de modernidad, conseguidos por vía sarcástica contra modos de vida de nuestro tiempo, y algo más profundamente, por la rebeldía de los muñecos (elemento romántico), que no puede pensarse en el mito griego. Bernard Shaw crea un mito verdaderamente moderno, de forma que todas las insuficiencias que pueden señalársele, lo son de la época y en ningún modo de la creación literaria en cuanto tal. Ha comprendido que había que concentrar el interés en una sola figura, de modo que una dispersión, al estilo de los múltiples mu-

ñecos de Jacinto Grau, disminuirá el interés dramático ¿Qué sería del profesor Higgins con un colegio de floristas?. Lo que mantiene, frente a la fábula antigua, es la rebeldía romántica de los muñecos de Grau. En un mundo sin dioses, en donde la transformación se opera por el solo esfuerzo humano, no puede pretenderse una sumisión que el hombre no supo guardar, como atestigüa Prometeo, ni ante lo sobrenatural. En el mundo sin fe, la felicidad del escultor depende de su propio esfuerzo (y de la caída de su orgullo de creador), mientras en la bella armonía clásica, la felicidad depende de la voluntad de los dioses, a los que el hombre ruega, y en el ruego va el vencimiento del orgullo, porque con él reconoce un artista sus propios límites. La dependencia de Dios, queda reducida a una interhumana dependencia, a la que el profesor alude, y que tiene un marcado tufo de utilitarismo anglosajón. El cosmos categorial ha quedado roto.

Otro sentido moderno es la transparencia de la obra, tanto en Grau como en Bernard Shaw, que deja ver al autor. No es ya el coro legendario, sino el individuo de un mundo viejo. Y esta presencia del artista se acusa en la sátira y en la ironía. En Grau se da un rudo sarcasmo sobre los hombres y las situaciones que personalmente han chocado con el autor; en Shaw, que mira con ojos piadosos a sus criaturas, una bondadosa ironía, aunque a veces también acerca sus puntas. El mundo antiguo no usaba estos espejos curvados para desformar la realidad. Por lo demás, sus criaturas se movían en un prescrito orden rítmico, porque todavía el demonio de sus sentimientos no desconcertaba la danza del mundo. El rey de Chipre actúa sobre la materia inerte; el profesor inglés, sobre la viva. Cuando, por gracia de Afrodita, la estatua, siempre halagada, se anima, palpita obediente a compás de los sentimientos de su creador. Cuando, por gracia del idioma, la florista de la calle se hace una dama, ella, que nunca fué halagada, sino fustigada por el orgullo de un profesor que el Rey antiguo no tenía, se rebela incluso contra su propio sentimiento, pero sobre todo contra el desprecio de clase, convirtiendo el problema humano en un problema social. Agudamente ha señalado Torrente Ballester, en un artículo de «Escorial», el carácter social de todo el teatro moderno, en el sentido de que solo toma en cuenta estos problemas, ignorando toda trascendencia. En este mundo intrahumano las grandes fuerzas divinas y naturales no tienen papel; de aquí la desaparición de aquel gran aliento poético de los teatros universales. Por eso, mientras en la fábula chipriota la felicidad del escultor depende de la voluntad de los dioses, en la comedia inglesa solo pende de las inclinaciones humanas. No dudo que algunos consideren esto como una liberación, pero toda libertad de la grandeza, en la esfera poética, no puede por menos de ser tomada como una limitación mezquina.

Lo que da categoría humana a la estatua clásica es su sangre viva, su ser sensible. Se trata de una posición primigenia, de un paganismo naturalista. Lo que da esa misma categoría, en la comedia, es la corrección externa, la compostura social, en una palabra la

educación, en el sentido limitado y externo del pedagogismo liberal. Es un criterio aún más superficial que el que hubiera aplicado el racionalismo griego o el moderno, para los cuales la categoría humana se alcanza por la capacidad, casi mecánica, de razonar; o que el característico de la jurisprudencia romana: la capacidad de actuar por sí. Y no tratemos de compararle con la profundidad de los criterios religiosos. En el Antiguo Testamento «hombre» quiere decir «siervo de Dios», pero en el Nuevo, el siervo, por la Redención, asciende a «hijo de Dios». No es extraño la ignorancia absoluta de estas valoraciones cuando Max Scheler, que tenía más motivos para recordarlo, confunde, en el «El puesto del Hombre en el Cosmos», la concepción judía con la cristiana, no es preciso insistir como queda rebajada la categoría del hombre en las concepciones laicas de la persona.

Pero todavía Shaw, como occidental—y por tanto cristiano en su raíz más escondida—admite la salvación de su estatua intrahumana, si bien no sea más que la mezquina salvación social. El paso a la humanidad, se verifica—ya lo hemos dicho—por vía educativa exterior, pero se considera posible. Es todavía un optimismo, aunque de menor cuantía. Los seres infrahumanos de Gorki no son los que esperan levantarse, sino los definitivamente caídos: los exhombres. Por este camino de absoluta humillación, lo infrahumano puede alzarse si bien en sentido contrario al occidental, en antisocial manera, cuando un temperamento religioso mueve a los caídos, según ocurre en el mundo espectral de Dostoiewski. ¿Pero qué occidental auténtico aceptaría la salvación expiatoria de Raskolnikoff o de Alioska?. Esa absoluta disolución en lo fraterno, es justamente lo contrario de la católica salvación personal.

* * *

Ya sé que al mismo Shaw, le parecían imaginativas las diferencias entre su fábula y el viejo mito. El piensa, y así lo declara expresamente en el prólogo de sus «Tres comedias para puritanos», que los hombres no han cambiado gran cosa a lo largo de los siglos, que se mueven por los mismos resortes y apetitos, de modo que un picto, como el secretario de César, puede hablar y sentir como un britano actual. Pero frente a esta opinión singularísima, se da el hecho incontrovertible de la incomprensión de unas épocas por otras. Piénsese en el esfuerzo que necesita hacer un historiador actual para comprender el mundo oriental y aún el clásico; y sin cambiar los tiempos, solo con mudanza de espacio, pensemos en los diversos resortes que mueven a los hombres de distintas razas y culturas.

Con un profundo sentido histórico, los grandes actores de la película que actualizó la comedia, sentido que también mantienen las voces en el doblaje, no recuerdan la fábula antigua con la menor alusión impertinente. Sería pedantesco intentarlo. Las palabras, los gestos, son de hoy. El mito moderno vive de su propia sangre y podía haber surgido sin su precedente clásico. Esta fidelidad histórica es ya un motivo para hacer imperecederas tanto la comedia

como su versión cinematográfica, sin contar las finas observaciones, el chispeante diálogo y la alta calidad teatral de la acción. Con las precedentes observaciones no intento rebajar en nada el valor literario de la obra. Mis censuras van contra el contenido ideológico que la época liberal postromántica ha presentado al ingente mito, vistiendo su luminosa desnudez con nieblas sociológicas y utilitaristas. Frente al pobre rasero moral y político de esta época, no puede menos de pensarse en la altura de un verdadero sentimiento religioso, en la fecundidad y limpieza de la obra colectiva, en el cosmos jerárquico y el Estado conducido a fines altos y seguros por una autoridad digna y fuerte, en un sentido de la vida generoso y heroico, en un afán, en una palabra, de transcendencia, que permite juzgar, vista desde un mirador más alto, la ideología pasada de esta obra, salvando la perennidad de su realización estética.

EUGENIO FRUTOS

JUSTICIA Y NOBLEZA OBLIGAN

“ALCÁNTARA”

se adhiere a la petición de la Encomienda de Alfonso X el Sabio para el Excmo Sr. Gobernador Civil

El éxito alcanzado por la II Asamblea de Estudios Extremeños ha venido a colmar de tal forma la medida de las realizaciones culturales sustentadas por el Excelentísimo Sr. Gobernador Civil, D. Antonio Rueda y Sánchez-Malo, que ya no ha sido posible contener por más tiempo, la proclamación pública de tan loable tarea, a fin de que la misma—entusiasta y continua—se vea coronada por la recompensa justa a los méritos acumulados. Para ello el Sr. Cotallo, Delegado de los Servicios Culturales de la Corporación provincial, ha dirigido un razonado escrito al Sr. Presidente de la Diputación, exponiendo la extraordinaria labor que en todos los órdenes de la cultura viene desplegando el Sr. Rueda, y solicitando para éste que por el Ministerio de Educación Nacional se le conceda la Encomienda de la Orden de Alfonso X el Sabio.

Con tal motivo ha acordado la Diputación incoar el oportuno expediente para recoger los informes que fortalezcan tal propuesta, y, efectivamente, los organismos y entidades de la provincia están produciendo sus adhesiones con gran copia de datos que avalan de manera irrefragable la justicia que entraña la iniciativa, y que ponen de manifiesto tanto los altos merecimientos del agasajado, como la hidalga nobleza de quienes saben proclamarlo.

«ALCÁNTARA», que se considera portaestandarte de la cultura extremeña, ha venido recogiendo con asiduidad, a lo largo de sus páginas, la dedicación amorosa y persistente del Sr. Rueda a todo cuanto venga a aumentar el prestigio de Extremadura, a través de las diversas facetas del saber; pero no pueden ahora bastarnos esas gacetillas informadoras, porque «ALCÁNTARA», además, ha sentido en su entraña cordial, la eficacia del sincero estímulo y de la generosa ayuda del Sr. Rueda: él subvino munificamente a nuestros gastos, dotó el premio «Tomás Martín Gil», que instituímos en homenaje a nuestro inolvidable primer Director, y logró, por último, que quedara como al presente, con segura y próspera vida, vinculada a la Diputación Provincial. De ahí que los fundadores de la revista se hayan adherido expresivamente, adhesión que «ALCÁNTARA» comparte en toda su plenitud, a la proposición del Sr. Cotallo, que sin duda alguna ha de tener el feliz logro que deseamos.

LA REDACCION